

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

La vida política

La voluntad soberana! Sobre esta frase puede decirse que giran y se desarrollan los artículos que en El Imparcial está publicand... el señor Gasset; sobre este tema se vienen desarrollando en los clubs y centros republicanos una porción de absurdos razonamientos; sobre este tema se quiere fundar una política que consiste en substraer del campo en que funcionan grupos y escuelas una fuerza respetable e indispensable para el equilibrio del sistema; sobre esta supuesta dirección suprema de todos los partidos y de todas las cosas se pretende crear un estado de opinión que impida lo que algún día será una necesidad para la patria y para el trono: la vuelta del señor Maura al poder.

Porque ya habrán adivinado nuestros lectores que la voluntad suprema que menciono al señor Maura es observarla en estos momentos es la del señor Maura, a quien se supone director de todos los actos de partidos que le son hostiles e inspirador de la política de todos los gobernantes. Es, en casos como el presente, una verdadera satisfacción el escribir en periódicos independientes que no someten su criterio al de ningún grupo o partido y en los cuales se puede exponer con libertad absoluta el propio pensamiento.

El partido liberal ha tenido en España una verdadera desgracia desde que el régimen constitucional dió vida a los grupos que deben turnar en el poder para ir satisfaciendo las aspiraciones de la opinión, y esta desgracia ha consistido en que, figurando en sus filas las ilustraciones más grandes del país, pocas veces ha podido contar con el hombre en quien se reuniesen todas las condiciones del gobernante, todas las cualidades que acreditan al político lo suficiente para merecer con justicia el título de verdadero hombre de Estado.

Quizás no se pueda citar a otro más que al general Prim, aunque por sus muchas relevantes cualidades de saber, de inteligencia, de valor y de patriotismo, hayan pasado varios justamente a la historia.

Pero ser gobernante es algo muy superior a todo; es tener la condición del mando; es tener una excepcional precisión y una singular energía; es habilidad para encaminar los sucesos en vez de dejarse dirigir por ellos; es tener conciencia de la propia superioridad y ejercitarla en pro del bien público; es tener un valor que escasea en el mundo más que todos; el de la responsabilidad de los actos propios.

Quien todas estas cualidades reúne en grado sobresaliente es el jefe en los partidos, en las naciones y en todas partes.

El partido liberal, en sus diversas denominaciones, no ha tenido casi nunca la fortuna de ser mandado por estadistas de ese fuste y se ha pasado la vida suponiéndose dirigido por sus propios enemigos. No hablemos del reinado de D. Isabel II, en que los grupos liberales supusieron en todo instante que dirigían la política los moderados exclusivamente sin reparar en que sus propias divisiones eran una de las causas de la fuerza de sus enemigos; viniendo a tiempos más modernos no habrá olvidado nadie que el señor Cánovas, jefe del partido conservador, era considerado por los radicales como el director oculto del partido.

Hablando del pacto del Pardo han llenado las columnas del Diario de Sesiones del Congreso los republicanos de todos los matices durante el glorioso período de la Regencia de la augusta madre del actual monarca, y constantemente se insistió en el tema de que el señor Sagasta estaba totalmente sometido a la voluntad del señor Cánovas del Castillo.

La afirmación carecía entonces de fundamento, como carece ahora cuando se quiere adjudicar al señor Maura un papel análogo; pero en ambas ocasiones tiene la creencia una explicación que en cierto modo la justifica.

El señor Maura es de la naturaleza de los jefes, el señor Maura mandará donde quiera que se halle, el señor Maura tiene por esta razón una superioridad que sus más encarnizados enemigos se ven precisados a reconocerle, y la opinión le atribuye con razón todo el influjo que tienen sus palabras y hasta su silencio y su actitud.

El señor Maura que capitanea además una fuerza importante, que representa una aspiración en la que conitigan los elementos de orden de la nación, el señor Maura que representa con su política intereses que son indispensables en las sociedades tiene que gobernar y gobierna desde la oposición aun en medio de la más aparente inactividad. Demasiado saben los que en clubs y reuniones públicas dan todos los días por imposible que el señor Maura vuelva a ejercer el mando que ningún influjo directo tiene en la política que el gobierno desarrolla; demasiado saben que si algún impulso exterior mueve al señor Cánovas es de esos mismos elementos que han dado por muerto al parti-

do conservador. Combatir al señor Maura porque es la fuerza resistente a acometidas que más ó menos francamente se dan al régimen político y al régimen social; combatir al señor Maura porque en el poder y en la oposición es el obstáculo más grande que existe para la realización de ideales que pugnan con la Constitución que la nación se ha dado libremente, y con utopías sociales que se fundan más en la desesperación que el convencimiento.

Esa voluntad á que tanto se alude es suprema por un reconocimiento tácito y utópico de amigos y enemigos; es suprema por la superioridad de la persona en quien reside; es suprema porque todos la acatan en virtud de la sugestión que ejercen la autoridad del talento y la autoridad de una línea de conducta recta, sin oscilaciones ni retrocesos en favor de un ideal; es suprema, en una palabra, porque ejerce sobre los políticos y sobre los que no lo son la obsesión de todo aquello que se teme ó que se admira.

Esto es tan exacto que en los mismos predicadores constantes contra la supremacía del señor Maura se observa la admiración que su persona la causa. No se puede atribuir un poder discrecional y absoluto sobre las gentes á quien no tenga condiciones relevantes para ejercerlo.

En el Parlamento se aperciben los grupos de oposición radical á glosar el tema que el señor Gasset ha reauticado á impulsos de un espíritu de represalias que no aparece bien justificado. Vamos á tener unas cuantas sesiones dedicadas otra vez al acta de Cibra, á la Trasmatlántica, á la escuadra, á la fianza devuelta del ferrocarril de Puerto Llano y á otros puntos ya discutidos en las Cámaras sin fruto alguno para el interés público.

Eta renovación de asuntos viejos, esta resurrección de temas discutidos, constituye un vicio parlamentario español y contribuye no poco á la esterilidad de las Cámaras; ya hemos perdido la cuenta de las veces que se ha tratado del acta de Cibra, de la comunicaciones marítimas y de otras cosas que pasaron al estado de cosa juzgada y sobre las que no hay para que volver, puesto que ya se vio que no se pueden producir con esas materias en la opinión los efectos que se persiguen.

El programa parlamentario del próximo período ya está trazado. Discursos violentos contra el señor Maura; ataques al señor Canalejas por estar sometido á la voluntad de aquel, y unos cuantos escándolos promovidos por los que se llaman batalladores por la sola razón de gritar mucho. Entre tanto los presupuestos decaerán en paz.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

Madrid, 16 Abril 1923.

Cotidianas

Aunque las nubes intentaron impedirlo, hemos tenido eclipses y tres más. Bien poco se nos alcanza en punto á astronomía; pero ya sabemos que de todos modos lo hubiera habido y que lo más que hubieran podido conseguir las nubes hubiera sido ocultarnos el fenómeno y aguar la alegría de los astrónomos de ver el ahumado y aun de cazar, que todavía los hay, como cuando nosotros íbamos chicos y no había adelantado tanto como ahora la ciencia.

Ayer se vió lo que ya decía en su tiempo el gran satírico don Francisco de Quevedo, cuando decía que un eclipse significaba cosas de puntillas y gasnates empuñados para volar. Muchos de los astrónomos de acción de hoy día no habrán sacado de este sermón que nos han predicado el sol, la luna y la tierra, más que eso: «los ojos de puntillas y los gasnates empuñados» desde las tantas y tantas minutos en que empué el eclipse, hasta la hora de comer.

Y crean ustedes que para mí y juraría que para muchos de los socios de las asociaciones astronómicas, el eclipse no ha significado más que eso, y aun para algunos, como mi amigo El Licenciado Pablillo, habrá significado algún acuerdo de tenderos, vinticuleros y comerciantes para subvornos el vino y el pan y las vituallas necesarias para la vida. Que esto ya lo decía un baturro y no estoy yo bien seguro de que no sea verdad.

Respetemos y pongamos sobre nuestras cabezas los estudios que habrán hecho en esta ocasión, si no ha llovido por allá, los sabios de veras, que han andado esta mañana por montes e colles, inspeccionando lo que hacia la sombra y lo que hacia la luz y aun la cara que ponía el padre Apolo, y haga Dios que en el próximo eclipse, que dicen que será allí por los años 2000 y pico, lo veamos todos desde más arriba, desde lo alto, asiento de toda luz, y en lugar de emitir los gasnates como ahora y poner nuestros ojos de puntillas lo caemos, sabios e ignorantes, diciendo para nuestras almas: ¡¡Taday, proeza!!

TARFE

EL TEATRO EN MADRID

«Malvaloca» — «Flor de los Pazos»

Para recordar un semejante «éxito de público» al de Malvaloca, habrá que remontarse al de Los intereses creados ó al

de El genio alegre. El teatro de la Princesa está siempre completamente lleno, aun en las funciones extraordinarias de tarde, que se ha hecho necesario improvisar. El optimismo y satisfacción de los hermanos Alvarez Quintero bastarían para explicar y reflejar lo grande del triunfo. Los ilustres autores de Malvaloca hablan bien esa vez hasta de los periódicos!

En conjunto, el nuevo drama —entre drama y comedia— de los señores Alvarez Quintero tiene idénticas cualidades, buenas y malas, que las demás producciones del mismo género de estos ilustres dramaturgos. El drama nace entre llamaradas de alegría y explosiones de luz. El ingenio de los Alvarez Quintero traza la exposición muy pintorescamente. Los personajes todos revelan un fondo de bondad que les recomienda á nuestra simpatía desde el primer instante. La visión optimista de la vida que tienen los autores de Malvaloca, pronto se trasluce. Las dotes de poetas y las de sineteros (unas y otras en los hermanos Alvarez Quintero reconocidas ya en España y fuera de España), van entreveradas hábilmente. Con frecuencia el sentimentalismo toca en la sensibilidad, en los sentimientos, en el ego mismo puedo que no está muy fuera de oportunidad, dada la tendencia sensible del carácter andaluz. Los elementos sineséticos del adorno predominan y se destacan vigorosamente sobre los elementos dramáticos de la fábula. No accesorio suele ser más bello y atrayente que lo principal. Los tipos cómicos episódicos, aun sirviendo á veces únicamente de relleno, son los mejor dibujados, los más humanos, los más artísticos, en fin. Sobre los hechos y figuras del primer término, nos interesan los del segundo. Y lo supremamente admirable de los hermanos Alvarez Quintero es su absoluta carencia de literarismo. Ellos extraen casi todas sus creaciones de la vida misma, y su gran fuerza está en la observación directa del sentimentalismo. Así, nunca remueven directamente nuestras ideas, ni hacen sugerirnos cosas desconocidas y misteriosas, que sigan obsesionándonos al salir del teatro, pero despliegan á nuestros ojos el encanto de la naturaleza, nosorean con el aire sano de la verdad, nos divierten con la agudeza de sus decirs y nos confortan con la bondad de sus sentimientos.

En las funciones de los sábados blancos no se representa Malvaloca. Este scrúpulo no puede ser más exagerado. Díjérase que se trataba de un gesto pueril de los propios autores, como si quisieran indicarnos: — ¡También nosotros somos atrevidos! — No hay en Malvaloca, como en ninguna de las producciones de los señores Alvarez Quintero, nada que no puej dan escuchar los oídos más castos. Cierto que la protagonista es mujer de pasado turbio y congasos historia, pero aun esto se nos refiere con tales suavismos, ni siquiera alardea el relato. Los Alvarez Quintero tienen, además de su esparfilismo, de su ambiente poético, de su gracia espontánea y abundante, y de su potencia observadora, estas otras ventajas de la constante moralidad de sus intenciones e impecable decoro de su exposición. Y estas timideces, que algunos podrán reputar cautela ó defecto, tengolas yo por méritos, y por méritos grandes, no sólo porque reflejan que los Alvarez Quintero son fieles á su temperamento, principal deber de todo artista, sino porque demuestran que sobre ellos no han conseguido ejercer tiranía las modas francesas, que hoy entronizan lo amoral y lo pornográfico.

El asunto de Malvaloca puede extractarse brevemente. En un Asilo de viejos se ve alencuadrarse y se conocen a Leonardo Díaz de Mendoza y la protagonista (María Guerrero). Ella debe sobrenombre á una malvaloca que, allí en los tiempos de su niñez, á la puerta de su casa florecía; él es un asturiano ariaco y soñador, que se ha establecido en el pueblo andaluz, donde la acción se desarrolla (cerca de Sevilla), al frente de un importante taller de fundición. Su socio, (Emilio Thuillier), herido en un accidente del trabajo, está curándose en el Asilo; es un andaluz simpático, abierto y dicharochero—carácter absolutamente opuesto al del asturiano romántico, pero igualmente noble,—que de todo el mundo sabe hacerse querer. A visitar á Salvador, así se llama el herido, han acudido simultáneamente Leonardo y Malvaloca.

Entre alegrías y ternuras va esbozándose en soñadose profundizando, el drama de ideas, que habreya ya advertido. El mutuo, sincero y hondo amor de Leonardo y Malvaloca es un eterno sufrimiento. El pasado vergonzoso de esta mujer y la evocación de sus antiguos amantes, de Salvador principalmente, aviva por la implacable hostilidad de las gentes, impiden la dicha de los enamorados y vendrán á enturbiarla sin cesar. Sería necesario fundir de nuevo á Malvaloca, como se funde en los talleres de Leonardo y Salvador la vieja y rota campana del Asilo.

Tal es, en síntesis, el hermoso drama último de los señores Alvarez Quintero, extraído de una copia andaluza, y en el cual, como queda dicho, mucho más que lo sombrío y fundamental, con no ser deseñable, merece ser admirado y ensalzado lo divertido y accesorio.

La interpretación ha sido soberbia. No ya María Guerrero, Fernando Diaz de Mendoza y Emilio Thuillier, sino otros artistas—y, más que todos, Josefina Blanco y Manuel Diaz—han interpretado el respectivo papel magistralmente. Conchita Ruiz, María Cancio, Mesejo Carai, todos merecen alabanza. Una de las interpretaciones que, según suele decirse, hacen época, como fueron antaño la de Las flores y la de Luces.

Si el segundo acto de Flor de los pazos, la última comedia estrenada en Lara, correspondiera al mérito del primero, sería esta la mejor de todas las de Linares Rivas, y todos nos veríamos obligados á confesar que nos encontraríamos ante una obra de indudable valor literario y artístico.

El acto primero de Flor de los pazos es, en efecto, buen modelo de sobriedad en la exposición, de poesía en el ambiente, de observación en los tipos y de colorido en el cuadro regional que el autor nos presenta.

El pazo donde la nueva comedia florece—los pazos gallegos son ya harto conocidos de todo el público español, gracias á algunas magníficas novelas regionales de apenas llega, es enorme de desahucio.— Tiene cierto sabor de señorío feudal, de una solemnidad comovedora.

Don Rosendo espera impaciente la vuelta de Jacobito, su hijo, hace años emigrado á América por propia voluntad. Ni Aristófanes en Las nubes, ni Terencio en su Heautontimorumenos, pintaron la viveza del amor paternal tan patéticamente. El señor del pazo, con todos sus auxiliares y servidores en torno, desde el abad pladoso hasta la ahijada rústica y desde el maestro hasta el labrador, recibe hidalga y solemnemente al hijo que torna. Todos van dándole cuenta al detalle de cuanto posee, su casa, sus tierras y todos sus negocios.

Vuelve Jacobo ansioso de su tierra; vuelve con esa morriña gallega sólo comparable á las nostalgia melmelmanas. Y, apenas llega, nos encoramos desahucio. A la ilusión no responde la realidad. Las cosas que de niño vió tan grandes, ahora y después de correr tanto mundo, se le antojan pequeñas. Cada piedra sustituida le parece una profanación, cada reforma ó mejora un sacrificio. Este pazo, estos prados, este palomar, estos molinos, de puro remozados, no soy ya los que amaba.

Desencantado Jacobo, ya sólo sueña en reanudar su errante marcha, mientras comienza el padre noblemente á llorar sin lágrimas la ingratitude del hijo.

Y aquí, en realidad, ha terminado la comedia. Pero Linares Rivas se niega á que termine. Peregrina, una bella campesina, á quien sacó de pila don Rosendo, tuvo allí en la adolescencia sus tontos con Jacobo. Ella no le ha olvidado, y hemos visto que el ascido del rústico Amaro fué siempre inútil. De Jacobo no se acordábamos que la quisiera. ¿Cómo, querendola, habla de encontrarlo todo alrededor de ella y en su ambiente de amor, tan desagradable? Sin embargo, el autor pone en íntimo coloquio á estos dos personajes y surge la chispa. Resulta, en fin, que Jacobo ha vuelto á enamorarse de Peregrina, en vista de lo cual se quedará en la aldea y será feliz.

Este desenlace imprevisto, caprichoso y vulgarisimamente planteado, achica y afea la comedia, que en sus albores se presentó vestida de grandeza y hermosura.

Digo de Flor de los pazos lo que de Malvaloca dije: los tipos de segundo orden son lo mejor de la obra. El Abad, vivo de genio, y el Capellán, que todo lo habla en latín, el macarrón escéptico y caco, la gallinita que se deja burlar y luego se deja, son graciosos y simpáticos personajes, á quienes se debe principalmente el buen éxito de la comedia. La figura de la pobre loca Pastoria, siempre esperando al hijo que no ha de volver, es como un bello símbolo de la dicha humana, que sólo existe en la fantasía, y por sus tónes de vaguedad y de ensueño nos hace pensar en aquella otra poética Ensueñadora de La rima eterna.

Renuncio á hablarles de los lectores de LA VANGUARDIA del drama Pequeñeces, con que el ilustre cirujano doctor Madrazo ha aumentado su lamentable repertorio en el teatro español, que nunca debió, teniendo subvención del Ayuntamiento madrileño, ser otorgado á un dramaturgo para que antepusiera probablemente su propio drama (que podían ser desdichadísimo, y los del doctor Madrazo, en efecto, lo son) á los de otros autores.

La empresa y la dirección del teatro Español tienen, personalmente, todas mis simpatías. Con ocasión de la resurrección de Doña Perfecta, les tributé recientemente los mayores elogios. Pero lo que está pasando con los dramas del doctor Madrazo es el secreto á voces. Todos los eufemismos y convencionalismos me parecen ya inútiles. Ni Nela, ni El fin justifica los medios, ni menos estas Pequeñeces de ahora, de asunto tan repugnante que sería imposible referirlo aquí, son otra cosa que despreciables fragilidades de un hombre de talento, mal aconsejado.

Los aplausos de la claque han caído en el vacío. Y el acto sigue siendo el teatro Español.

CARAMANGUEL